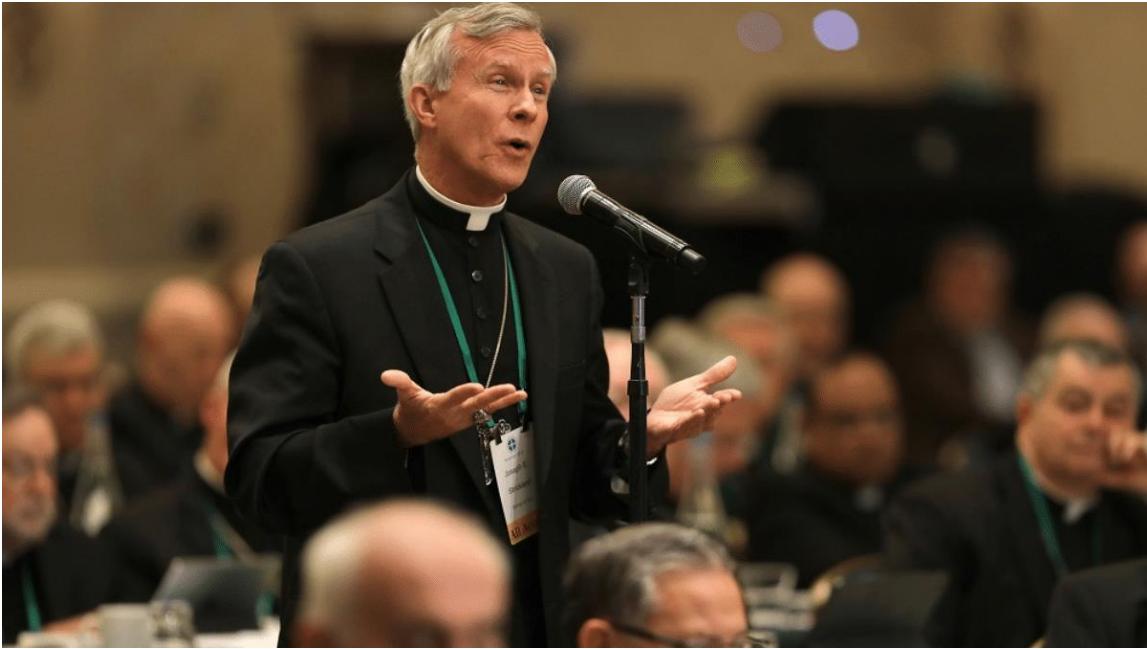


Obispo Strickland: «La Iglesia tiene el deber sagrado de evangelizar a todos los hombres»



07 septiembre, 2023

El obispo de Tyler, Joseph Strickland, ha vuelto a publicar otra carta pastoral para ahondar en el papel que ha de jugar la Iglesia en el mundo.

El prelado estadounidense, que está siendo investigado por el Vaticano, no tiene miedo a nada ni a nadie y sigue con su particular batalla de defender las enseñanzas de la Iglesia con claridad y contundencia.

En esta nueva carta, el obispo Strickland defiende que la Iglesia es el único lugar de salvación para los hombres; defiende la necesidad de convertir y evangelizar a todos los hombres y explica el motivo por el cual la Iglesia no puede ordenar mujeres.

Por su interés, les ofrecemos la carta completa del obispo:

Mis queridos hijos e hijas en Cristo:

Les escribo hoy para discutir más a fondo la primera verdad básica de la que hablé en mi primera carta pastoral: “Cristo estableció Una Iglesia—la Iglesia Católica—y, por lo tanto, sólo la Iglesia Católica proporciona la plenitud de la verdad de Cristo y el auténtico camino hacia Su salvación para todos nosotros”.

Para empezar, debo afirmar clara y enfáticamente esta verdad fundamental: Jesucristo es el único camino hacia la vida eterna; ¡No se puede encontrar ningún otro camino hacia la salvación! Como nos dice Nuestro Señor mismo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí”. (Juan 14:6). Para que podamos participar de

esa promesa de vida eterna, Nuestro Señor en Su gran misericordia estableció la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. Como leemos en el Evangelio de Mateo, Cristo dijo: “Por eso te digo: tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo”. (Mateo 16:18-19). El fundamento y cabeza divina de la Iglesia es Jesucristo; sin embargo, este pasaje deja claro que Jesús promete establecer una Iglesia visible sobre la tierra con una cabeza visible, Pedro, a quien confiará una misión única y una autoridad específica.

La Iglesia Católica ES el cuerpo de Cristo, y Él es inseparable de Su cuerpo. La comprensión de la Iglesia de las palabras de Cristo en Mateo se ha profundizado a lo largo de los tiempos, pero de acuerdo con la Sagrada Tradición transmitida de Cristo a los Apóstoles (cf. 2 Tes 2,15), y luego preservada y protegida por los Padres de la Iglesia, los santos y los mártires hasta hoy siempre se ha entendido y proclamado que la Iglesia Católica es la Iglesia única, divinamente instituida, que Cristo instituyó para la salvación de las almas. Todo lo que es la Iglesia, como cuerpo místico de Cristo, surge de la verdad de que fue y está divinamente constituida por Cristo, y sus elementos básicos, que incluyen el sagrado Depósito de la Fe, no pueden ser alterados por los hombres porque no pertenece a los hombres; ¡La Iglesia pertenece a Cristo!

San Cirilo de Jerusalén declaró en el año 350 d.C.: “La Iglesia se llama entonces católica porque se extiende por todo el mundo, de un extremo de la tierra al otro; y porque enseña universal y completamente las doctrinas que deben llegar al conocimiento de los hombres, tanto de las cosas visibles como de las invisibles, celestiales y terrenas; y porque somete a la piedad a toda la raza de la humanidad, gobernantes y gobernados, eruditos e ignorantes; y porque trata y cura universalmente toda clase de pecados que se cometen por el alma o el cuerpo, y posee en sí toda forma de virtud que se nombra, tanto en obras como en palabras, y en todo don espiritual”.

Por tanto, Cristo estableció Su Iglesia para todos los hombres, para todos los tiempos, para la salvación de todos. No hay salvación fuera de Cristo y de Su Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica; ésta es una enseñanza infalible de la Iglesia. Sin embargo, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, “Esta afirmación no está dirigida a aquellos que, sin tener culpa alguna, no conocen a Cristo y Su Iglesia”. Como católicos, estamos unidos con amor y alegría a la Iglesia y a los siete sacramentos instituidos por Cristo. Estos son esenciales para nuestra salvación. Sin embargo, algunos tal vez pregunten: “¿Qué pasa con los que están fuera de la Iglesia? ¿Qué pasa con aquellos que nunca han oído hablar de Cristo? ¿Podrán salvarse? Por aquellos que no están unidos a Cristo a través de Su Iglesia y mediante la gracia de los sacramentos, simplemente oramos por ellos y los encomendamos a Dios. Aunque nunca debemos ser presuntuosos respecto de la gracia de Dios, reconocemos que Dios es soberano, y si en Su misericordia Él decide operar en formas más allá de nuestro conocimiento o comprensión, Él tiene plena autoridad para operar como quiera porque no está obligado por cualquier otra cosa que Su propia naturaleza perfecta.

Nosotros mismos debemos aferrarnos firmemente a la Iglesia y a los sacramentos tal como Él nos los dio, pero también debemos orar siempre por las almas fuera de la Iglesia, para que Dios ofrezca Su gracia a esas almas de maneras desconocidas e

invisibles para nosotros. Sin embargo, quiero enfatizar este punto: si Dios decidiera ofrecer gracia más allá de los medios sacramentales normales, reconocemos que esta gracia siempre fluiría a cada alma desde Cristo y a través de Su Iglesia de una manera mística. Por lo tanto, cualquiera que reciba y acepte la gracia de Dios nunca será salvo por ningún otro camino, iglesia o religión; hay Un Salvador, Un Redentor para toda la humanidad, y Él estableció Una Iglesia para la salvación de las almas.

Dios desea la salvación de todos, pero no impone la salvación a ninguno de nosotros; requiere nuestra cooperación y libre asentimiento a Su gracia. Él nos llama a cada uno de nosotros a participar de Su plan de salvación no sólo para nosotros mismos, sino para el mundo; esta es la Gran Comisión: “Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y he aquí, yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos”. (Mateo 28:19-20).

Vivimos en una era de gran interconexión en la que personas de todo el mundo pueden compartir y aprender entre sí como nunca antes en la historia de la humanidad. Esta es una gran bendición en muchos aspectos, ya que abre la posibilidad de compartir las Buenas Nuevas de Jesucristo en formas que antes no eran posibles. El verdadero ecumenismo, sin embargo, es una invitación abierta a todas las personas a experimentar y abrazar la plenitud de Cristo y la vida cristiana que sólo se puede encontrar en la Iglesia Católica. Este camino, aunque a veces difícil, es el único camino seguro hacia el verdadero amor eterno, la gracia y la vida con Dios. Es falsa caridad decirle a las personas que, independientemente del camino que estén siguiendo, es la Voluntad de Dios que permanezcan donde están porque esto no llama a las personas a abrazar el único camino verdadero instituido por Dios para la salvación de las almas. Por tanto, la Iglesia tiene el deber sagrado, nacido del amor, de evangelizar a todos los hombres.

Otro tema que quiero discutir porque, según se informa, será un tema de discusión en el próximo Sínodo sobre la Sinodalidad es la estructura divinamente instituida de la Iglesia en su aplicación a la ordenación de mujeres. Como nos dice la Sagrada Escritura, Cristo ordenó apóstoles sólo a hombres. La Sagrada Tradición y el Magisterio Ordinario de la Iglesia han afirmado a lo largo de los tiempos que la Iglesia no tiene autoridad alguna para ordenar mujeres al sacerdocio. Esto no se puede cambiar porque Cristo instituyó un sacerdocio masculino para imaginarse a sí mismo como el novio y a la Iglesia como su novia. Como afirmó solemnemente San Juan Pablo II en su carta apostólica *Ordinatio Sacerdotalis*: “Declaro que la Iglesia no tiene autoridad alguna para conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres y que este juicio debe ser sostenido definitivamente por todos los fieles de la Iglesia”.

Sin embargo, es imperativo afirmar que Cristo nunca querría un papel “menor” para las mujeres que el que desea para los hombres. Las mujeres han hecho y continúan haciendo contribuciones indispensables en la historia y la vida de la Iglesia. De la creación de Dios más grande y perfecta en toda la historia, Nuestra Madre Santísima, la Reina del Cielo y de la Tierra; a algunos de los más grandes santos y Doctores de la Iglesia; a nuestras santas y fieles mujeres de órdenes religiosas y conventos; a las innumerables mujeres que han impartido y continúan impartiendo la fe a sus familias y comunidades; Cristo instituyó Su Iglesia de una manera que exige que las mujeres tengan “más” papel en Él que el que jamás podrían tener en el mundo. Sin embargo,

como Dios no llamó a los hombres a ser madres, Dios no llamó a las mujeres a ser padres y a ser ordenadas sacramentalmente como ministros de Cristo en Su Iglesia, Nuestro Señor llama a los hombres a ser padres espirituales y novios de Su novia, La Iglesia. Este rol sólo puede ser desempeñado por alguien debidamente ordenado para este rol.

Para aquellos que quisieran preguntar sobre el potencial de las mujeres diáconos en la Iglesia Católica, les ofrecería lo siguiente: las Escrituras nos dicen que desde los primeros días de la Iglesia, las mujeres sirvieron como fieles siervas (griego: diakonos) de los miembros de la Iglesia. (cf. Rom 16,1). Los historiadores y eruditos nos dicen que las mujeres desempeñaban muchas funciones importantes de servicio en la Iglesia primitiva, incluidos actos de caridad para los pobres, el cuidado de los enfermos, la preparación de otras mujeres para el bautismo, etc. Sin embargo, vemos en los Hechos de los Apóstoles que hay otro tipo de siervo (diakonos) llamado específicamente por los apóstoles y apartado de otros siervos de la Iglesia; los apóstoles impusieron las manos sobre estos siervos en particular, y estos siervos luego recibieron una ordenación sacramental para cumplir su función única. Las Escrituras nos dicen que los apóstoles dijeron: “Hermanos, escoged de entre vosotros siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, a quienes designemos para esta tarea”. (Hechos 6:3). Y luego, “presentaron a estos hombres a los apóstoles, quienes oraron y les impusieron las manos”. (Hechos 6:6). Aunque muchos (tanto hombres como mujeres) han servido fielmente a la Iglesia como servidores/diakonos a lo largo de la historia, la ordenación sacramental al diaconado—como uno de los tres grados del sacramento del Orden Sagrado (diácono, presbítero, obispo)—siempre ha sido reservado sólo para varones bautizados. Los tres grados actúan como instrumentos de Cristo in persona Christi Capitis (en la persona de Cristo como Cabeza), pero con funciones distintas para cada oficio. Debido a que los diáconos ordenados sacramentalmente comparten el ministerio apostólico con los sacerdotes y obispos, la Iglesia ha decretado que ellos también deben ser hombres, como lo fueron los apóstoles que Jesús eligió.

Los Cánones del Concilio de Nicea (325 d.C.) establecen en referencia a las mujeres a las que se les ha concedido un cierto estatus de servicio: “Nos referimos a las diaconisas a las que se les ha concedido este estatus, porque no reciben ninguna imposición de manos, de modo que en todos los aspectos deben contarse entre los laicos”. (Canon nº 19).

Para concluir, quiero afirmar que si bien la Iglesia es santa por su Fundador y por su origen divino, también está formada por miembros pecadores que están constantemente llamados al arrepentimiento y a la conversión. Sin embargo, hay una Iglesia Triunfante en el cielo que existe perfectamente en su plenitud en Cristo en el cielo donde las bodas celestiales se celebran eternamente con Dios—Padre, Hijo y Espíritu Santo—quienes son eternamente adorados y adorados. Los coros de ángeles, la Inmaculada Virgen María y todos los santos claman eternamente “Santo, Santo, Santo” ante el trono de Dios.

Es importante que nosotros, como Iglesia Militante en la tierra, llevemos esta verdad y esperanza en nuestros corazones mientras nos esforzamos por alinearnos a nosotros mismos y a cada aspecto de la Iglesia en esta tierra con su realidad celestial. A causa del pecado, tanto personal como comunitario, la Iglesia Militante en la tierra no alcanza a la Iglesia Triunfante en el cielo, pero es nuestra misión esforzarnos siempre por la santidad

y por la gracia de Dios perseverar hasta el fin para que también nosotros podamos unirnos con la Iglesia Triunfante. Parte de este esfuerzo en la tierra consiste en participar en la batalla espiritual que se libra a diario a nuestro alrededor, mientras muchos intentan socavar o destruir por completo el Depósito de la Fe.

Mis queridos hijos e hijas, tengan la seguridad de que los ángeles nos rodean en esta batalla, y los santos, especialmente Nuestra Santa y Bendita Madre, ofrecen su asistencia celestial mientras buscamos el premio eterno que Nuestro Señor ha ganado para nosotros.